

Decíamos en estas páginas, en vísperas del centenario de Miguel Mihura, que el llamado teatro del absurdo, del que este autor fue significativa figura, era un género de postguerras, de un tiempo en el que surgen movimientos culturales que eluden los sentimientos de venganza y se fijan en la rareza del comportamiento humano. Pero a juzgar por la polémica periodística que ha generado el recuerdo de su nacimiento, más bien parece que aquí seguimos en lo mismo o en plena contienda.

Cómo imaginar a estas alturas que se iba a discutir si este madrileño era de derechas o de izquierdas. ¿Importaría algo, si es que la tenía, su posición política? Quiero recordar que en alguna ocasión dijo que por las mañanas cuando leía el periódico se hacía de izquierdas, pero que cuando llamaba al fontanero se hacía de derechas.

Ahora, Mariló Mihura, sobrina del escritor, se ha quejado de que a su tío lo hayan “encasillado en la derechona y no se lo perdonen ni derechas ni izquierdas”. Y José Luis Garci, que ha llevado con éxito al cine *Ninette* (y aquel señor de Murcia), ha escrito que a Mihura

“no le parecería tan absurdo que en el centenario de su nacimiento apenas se hayan acordado de él las instituciones”.

Tres sombreros de copa

En cualquier caso, ha vuelto a los escenarios, de momento en el Teatro Príncipe Gran Vía de Madrid, su primera y genial obra *Tres sombreros de copa*, escrita en 1932 y estrenada veinte años más tarde. Gustavo Pérez Puig fue uno de los que descubrió entonces, en el 52, la trascendencia de esta comedia y la puso en escena y es el que ha vuelto a dirigirla por tercera vez ahora. Considera que se conserva “espléndida, luminosa y sorprendente”. El público lo confirma.

Los genios suelen hacer cosas que ni ellos mismos entienden bien, pero que vienen a revelar algo profundo de la vida. Y así se inicia esta comedia cuando don Rosario, el dueño del hotel donde el joven e infeliz Dionisio se aloja la víspera de su boda, intenta que éste vea desde el balcón unas lucecitas más allá de la oscuridad de la noche, unas lucecitas que él no ve porque tiene mala vista, pero en las que cree porque se lo enseñaron de niño: son luces que termina viendo también Dionisio, luces de esperanza para que la noche no sea tan oscura.

Y así empieza; se trata de una posible existencia mejor. El alegato contra el matrimonio convencional es la anécdota rodeada de hechos y personajes odiosos, tontos o inocentes, como en cualquier comunidad de vecinos, que llevan a una realidad anuladora. Al final, las ilusiones quedan en melancolía, un sentimiento que no impide reír. Nadie mejor que Pérez Puig podía dirigir la obra, y los protagonistas, Ángeles Martín, en el papel de Paula, y Cipriano Lodoso, en el de Dionisio, y el resto del reparto conectan con el público.

Historias para pervivir

Tres obras ahora en escena, con circunstancias bien distintas y con personajes lejanos los unos de los otros, coinciden en la necesidad humana de subsistir con dignidad y con alguna seguridad.

Al menos no es Navidad: Dos mujeres que se conocen bien los escenarios, Amparo Soler Leal y Asunción Balaguer, se han juntado en el Teatro Bellas Artes de Madrid para acercar una realidad que no es precisamente tranquilizadora para los ancianos o para la “tercera edad”, como ahora se dice. Una comedia, escrita y dirigida por Carlos Alberola que cuenta la soledad y la lucha interior de seres humanos apartados en residencias, pero que siguen vivos y recuerdan. Las protagonistas saben expresar la emociones contenidas de quienes, cada vez más, a la vuelta del camino y en el último tramo, les gustaría seguir acompañados y decir lo que sienten.

Otra realidad social de nuestro tiempo, la jubilación de unos y el nuevo trabajo de otros que se mezclan y pugnan, aparece en *Almacenados*. No sólo en las oficinas, también en los almacenes hay trabajos rutinarios y sin apenas sentido, pero a los que los llevan a cabo les hacen sentirse dignos y tranquilos. El protagonista, que se jubila, cree en su dedicación, pero el joven que lo releva no lo entiende muy bien. El autor de la obra es David Desola y los intérpretes, el popular José Sacristán y Carlos Santos. Un buen trabajo.

Y en ese panorama del empleo que nos permite vivir, sigue en el Teatro Marquina de Madrid la agri dulce comedia de Jordi Galcerán, uno de los

grandes éxitos de la temporada pasada, que aquí comentamos. Se trata de *El método Grönholm*: las crueles “entrevistas” en busca de un trabajo estable. Se escenifica el comportamiento de los últimos cuatro candidatos a obtener una plaza de ejecutivo en una multinacional, lo que supone para los aspirantes estar dispuestos a comportamientos absurdos y a luchar sin escrúpulos con los otros. La dignidad en la conquista de uno de estos puestos parece imposible. El reparto sigue encabezado por Carlos Hipólito y Cristina Marcos. Verdaderamente singulares.

Y los clásicos

Como cada otoño, aquellos creadores que conocieron la plenitud y el comienzo de la decadencia de nuestra historia, vuelven con sus obras en las que reflejan un tiempo y sus azarosas vidas. Entre los siglos XVI y XVII, pasando por guerras, destierros y miserias, no se sabe muy bien de dónde sacaban tiempo para escribir. Entre ellos está Lope de Vega, madrileño, que aunque se dedicó principalmente al teatro, cultivó con éxito todos los géneros de su tiempo.

Ahora ha llegado al Teatro Pavón con *Fuente Ovejuna*. Dirigida por Ramón Simó, es la obra con la que la Compañía Nacional de Teatro Clásico abre la temporada. Es una de sus obras inspirada en temas históricos, en este caso, la

rebelión de una localidad cordobesa contra su señor. A este grupo pertenecen otros títulos fundamentales como *El caballero de Olmedo* y *Peribáñez y el comendador de Ocaña*.

Habrán más clásicos que merecerán la pena y que podremos ver. Y lo que no va a faltar en la próxima temporada, al otro lado de los clásicos, serán los musicales, pues ya se habla de Madrid como la tercera capital mundial del musical, después de Nueva York y Londres.

